Este fenómeno les ha sido echado en cara como una traición. Pasaban, efectivamente, desde el derecho divino al derecho humano. Volvían las espaldas á la falsa historia, á la falsa sociedad, á la falsa tradición, al falso dogma, á la falsa filosofía, á la falsa luz del día, á la falsa verdad. El espíritu libre que emprende el vuelo, pájaro llamado por la aurora, es desagradable para las inteligencias saturadas de ignorancia y á los fetos conservados en espíritu de vino. El que ve, ofende á los ciegos; quien oye, indigna á los sordos; el que anda, insulta abominablemente á los cojos. Para los enanos, los abortos, los aztecas, los mirmidones y los pigmeos, unidos para siempre en el raquitismo, el crecer es apostasía.

Los escritores y los poetas del siglo XIX tienen la admirable fortuna de salir de un génesis, de llegar después de la conclusión de un mundo, de acompañar á una reaparición de luz, de ser órganos de una renovación. Esto les impone deberes desconocidos de sus antecesores, deberes de reformadores intencionales y de civilizadores directos. No continúan nada; lo rehacen todo. A tiempos nuevos, deberes nuevos también. La función de los pensadores hoy es compleja; no basta ya pensar, es preciso amar. Pensar y amar no es suficiente, es necesario obrar; pensar, amar y obrar no bastan, hay que padecer.

Dejad la pluma y marchad á donde oís la metralla. He aquí una barricada; subid á ella. He aquí el destierro, aceptadlo. He aquí el cadalso, bien. En caso necesario, en Montesquieu debe haber un John Brown. El Lucrecio que necesita ese siglo agitado debe contener á Catón. Esquilo, que escribía la *Orestia,* tenía por hermano á Cinégiro, que mordía los barcos enemigos; esto bastaba á Grecia en tiempo de Salamina, pero no basta á Francia después de la revolución; que Esquilo y Cinégiro sean dos hermanos, es poco; es

preciso que sean el mismo hombre. Tales son las actuales necesidades del progreso. Los servidores de las grandes cosas urgentes no son nunca bastante grandes. Hacer rodar ideas, amontonar evidencias, apiñar principios, ese sí que es un formidable movimiento. Poner á *Pelión* sobre la *Osa,* es juego de niños junto á aquel trabajo de gigantes: colocar el derecho sobre la verdad. Luego escalar todo eso y destronar las usurpaciones en medio de los truenos; tal es la obra.

El porvenir tiene prisa. Mañana no quiere esperar. La humanidad no ha de perder un minuto. Pronto, pronto, apresurémonos, los miserables tienen los pies sobre hierros candentes. Se siente hambre, sed, se sufre y se padece. ¡Ah! ¡Terrible enflaquecimiento del pobre cuerpo humano! El parasitismo se ríe, la yedra verdea y crece lozana, la liga florece, la tenia es feliz. ¡Qué cosa tan espantosa debe ser la prosperidad de la tenia! Destruir lo que devora, ahí está la salvación. Vuestra vida tiene dentro de sí misma la muerte, que goza de buena salud. ¡Hay demasiada indigencia, demasiada desnudez, demasiada impudencia, demasiados lupanares, demasiados presidios, demasiados harapos, demasiados desfallecimientos, demasiados crímenes, demasiada obscuridad, insuficientes escuelas y demasiados pequeños inocentes que crecen para el mal! El jergón de las pobres muchachas se cubre de pronto con sedas y encajes, y esa es la peor miseria; junto á la desgracia está el vicio y una empuja al otro. Semejante sociedad necesita pronto socorro. Busquemos algo mejor. Marchad todos hacia el descubrimiento. ¿Dónde están las tierras prometidas? La civilización quiere caminar, adelantar; probemos las teorías, los sistemas, las mejoras, los inventos, los progresos, hasta hallar lo mejor. El ensayo nada cuesta. Ensayar no es adoptar.

Pero, ante todo y sobre todo, prodiguemos la luz. Todo saneamiento comienza por abrir completamente las ventanas. Abramos las inteligencias sin restricciones. Aireemos las almas.

Pronto, pronto, ¡oh, pensadores! Haced respirar al género humano. Verted esperanza, verted ideal, obrad el bien. Paso tras paso, horizontes tras horizontes, conquista tras conquista; porque hayáis dado lo ofrecido no os creáis libres de nuevos compromisos. Cumplir es prometer. La aurora de hoy sirve al sol de mañana.

Nada debe perderse. Ninguna fuerza aislarse. ¡Todos deben concurrir á la obra! La vasta urgencia está en eso. Que no haya más arte holgazán. ¿Puede haber algo más admirable que la poesía, obrera de la civilización? El soñador debe plantar jalones; la estrofa debe querer, tener voluntad. Lo bello debe servir á lo honrado. Soy criado de mi conciencia; cuando me llama, acudo en el acto. ¡Vé! Y voy. ¿Qué queréis de mí, ¡oh verdad!, única majestad de este mundo? Todos deben experimentar en sí la prisa de practicar el bien. Un libro es algunas veces un socorro esperado. Una idea es un bálsamo, una palabra es un apósito; la poesía es un médico. Que nadie se quede atrás. El sufrimiento pierde fuerzas durante vuestras largas esperas y lentitudes. Hay que salir de esa pereza de sueño. Dejad el *kief* á los turcos. Hay que molestarse para lograr la salvación de todos, y con prisa, con encarnizamiento. No temáis cansaros, ni economicéis los pasos. Nada es inútil. Ninguna inercia. ¿Qué es lo que llamáis naturaleza muerta? ¡Todo vive! El deber de todo está en vivir. Andar, correr, volar, cernerse, es ley universal. ¿Qué esperáis? ¿Qué os detiene? ¡Ah! Hay instantes en que desearía uno oir murmurar á las piedras contra la lentitud del hombre.

Algunas veces se va uno por los bosques. ¿Quién

no estará abatido algún día? ¡Se ven tantas cosas tristes! La etapa no concluye, las consecuencias tardan en venir, hay una generación atrasada, el trabajo del siglo languidece. ¡Cómo! ¡Aun tantos padecimientos! Diríase que hemos retrocedido. En todas partes se ven como aumentos de supersticiones, de cobardía, de sordera, de ceguera, de imbecilidad. La penalidad pesa sobre el embrutecimiento. Se ha presentado el feo problema: hacer adelantar el bienestar por el retroceso del derecho; sacrificar el lado superior del hombre al lado inferior; dar el principio para el apetito; César se encarga del vientre, yo le otorgo el cerebro; es la venta aquella del derecho de primogenitura por el plato de lentejas. Un poco más, y ese fatal contrasentido podría falsear el camino de la civilización. El puerco, cebándose, no sería ya el rey, sino el pueblo. ¡Ay! Ese feo expediente no tiene siquiera la virtud del buen éxito. Ninguna disminución ha habido en el malestar.

Desde hace diez años, desde hace veinte, el nivel de la prostitución, el nivel de la mendicidad, el del crimen, marca siempre igual altura; el mal no ha disminuído ni un grado. No tenemos ni educación verdadera, ni educación gratuita. Sin embargo, el hijo necesita saber que es hombre, y el padre que es ciudadano. ¿A dónde se han ido las promesas? ¿Dónde está la esperanza? ¡Ah, pobre miserable humanidad! Se siente uno inclinado á pedir socorro en medio del bosque; cree uno tener que reclamar apoyo, concurso á aquella gran naturaleza sombría. ¿Será indiferente el progreso ese misterioso conjunto de fuerzas? Se suplica, se llama, se levantan las manos hacia la sombra. Se escucha para oir si los ruidos van á convertirse en voces. El deber de los manantiales y de los arroyos, debería ser exclamar: ¡Adelante! Quisiera uno oir á los ruiseñores cantar la Marsellesa.

Después de todo, sin embargo, esos compases de espera son cosa normal. El descorazonamiento sería pueril. Hay altos, descansos, puntos para recobrar el aliento en la marcha de los pueblos, como hay inviernos en la marcha de las estaciones. El paso gigantesco, 89, se ha dado. Desesperar fuera absurdo; pero el estímulo es necesario.

Estimular, apresurar, rehuir, despertar, sugerir, inspirar, es esa función, ejecutada en todas partes por los escritores, que imprime á la literatura de este siglo tan alto carácter de poder y de originalidad. Permanecer leal á todas las reglas y leyes del arte combinándolas con la ley del progreso, ese es el problema, victoriosamente resuelto por tantos y tan nobles é independientes espíritus.

De ahí la palabra *Libertad,* que aparece por encima de todo en medio de la luz, como si estuviese escrita en la frente misma de la idealidad.

La Revolución es una Francia sublimada. Un día ocurrió que Francia estaba en la hoguera; las hogueras á ciertos mártires guerreros les dan alas, y de aquellas llamas este gigante salió arcángel. Hoy, para toda la tierra, Francia se llama Revolución; y en adelante, la palabra Revolución será el nombre de la civilización, hasta que le reemplace la palabra ARMONÍA. Lo repito, no busquéis en otra parte el lugar de origen, ni el punto donde nació la literatura del siglo XIX. Sí, todos, tantos cuantos somos, grandes y pequeños, poderosos y desconocidos, ilustres y obscuros, en todas nuestras obras, buenas ó malas, sean cuales fueren, poemas, dramas, novelas, historia, filosofía, en la tribuna de las asambleas, como ante las muchedumbres del teatro, en el recogimiento de las soledades; sí, en todas partes; sí, siempre; sí, para combatir las violencias y las imposturas; sí, para rehabilitar á los encerrados y á los perseguidos; sí, para concluir lógicamente y marchar recto; sí, para consolar, para socorrer, para levantar, para alentar, para enseñar; sí, para curar mientras se espera la salud completa; sí, para transformar la caridad en fraternidad, la limosna en asistencia, la holganza en trabajo, la pereza en utilidad, la centralización en familia, la iniquidad en justicia, al burgués en ciudadano, al populacho en pueblo, á la canalla en nación, á las naciones en humanidad, la guerra en amor, el prejuicio en examen, las fronteras en soldaduras, los límites en aperturas, los surcos en rieles, las sacristías en templos, el instinto del mal en voluntad del bien, la vida en derecho, los reyes en hombres; sí, para quitar de las religiones el infierno y de las sociedades el presidio; sí, para ser hermanos del miserable, del siervo, del *fellah,* del proletario, del desheredado, del explotado, del vendido, del vencido, del encadenado, del sacrificado, de la prostituída, del presidiario, del ignorante, del salvaje, del esclavo, del negro, del condenado, del maldito; sí, somos tus hijos, ¡oh Revolución!

Sí, genios; sí, poetas, filósofos, historiadores; sí, gigantes de ese grande arte de los siglos anteriores que constituye toda la luz de lo pasado. ¡Oh, hombres eternos! Los espíritus de este tiempo os saludan, pero no os siguen; tienen para con vosotros esta ley: admirarlo todo y no imitar nada. Sus funciones no son las vuestras. Tienen que habérselas con la virilidad del género humano. La hora del cambio de edad ha llegado. Presenciamos, bajo la plena claridad de lo ideal, la majestuosa unión de lo bello con lo útil. Ningún genio actual ó posible irá más allá que vosotros, antiguos genios; igualaros es todo lo que permite la ambición; pero, para igualaros, hay que proveer á las necesidades de nuestro tiempo, como vosotros proveisteis á las del vuestro. Los escritores hijos de la Re-

volución tienen un cometido santo que llenar. ¡Oh, Homero, es preciso que su epopeya llore! ¡Oh, Herodoto, se necesita que su historia proteste! ¡Oh, Juvenal, su sátira ha de tener la fuerza de destronar! ¡Oh, Shakespeare, es preciso que su *tú serás rey* sea dicho al pueblo! ¡Oh, Esquilo, su Prometeo ha de destrozar á Júpiter! ¡Oh, Job, es necesario que su estercolero fecunde! ¡Oh, Dante, es indispensable que su infierno se apague! ¡Oh, Isaías, tu Babilonia se hunde, y la suya ha de alumbrar! Hacen lo que habéis hecho; contemplan directamente la creación, observan directamente á la humanidad; no aceptan como luz directora ningún rayo refractado, ni siquiera los vuestros. Como vosotros, tienen por único punto de partida, fuera de ellos, el ser universal, en ellos, su alma; tienen por origen de su obra el único manantial, aquel por donde corre la naturaleza, por donde corre el arte: lo infinito. Como lo declaraba pronto hará cuarenta años (1) el que escribe estas líneas: *Los poetas y los escritores del siglo* XIX *no tienen ni maestros ni modelos*. No, en todo ese arte vasto y sublime de todos los pueblos, en todas esas creaciones grandiosas de todas las épocas; no, ni siquiera tú, Esquilo; ni siquiera tú, Dante; ni siquiera tú, Shakespeare, no tienen ni maestros ni modelos. ¿Y por qué no tienen ni maestros ni modelos? Porque no tienen más que un modelo, el *Hombre*, y porque no tienen más que un maestro, Dios.

(1) Prefacio de *Cromwell*.

LIBRO TERCERO

LA HISTORIA REAL

CADA CUAL EN SU PUESTO